

Libro 2 Capítulo 19: Estás bajo arresto - Hechicero del centro urbano (Borrador del Libro 1)

Gavain corrió a una velocidad impresionante hacia los muelles. A pesar de que Dantes lo llevó principalmente por caminos secundarios y callejones, lograron llegar al almacén en menos de una hora. La dignidad de Dantes quedó algo dañada por haber sido cargado todo el camino, pero en su estado marchito, sin duda, eso facilitaba las cosas. Además, a Jacopo no le importaba que lo cargaran todo el día; Dantes solo necesitaba un poco adoptar su actitud.

Dantes volvió su atención al ratón que había colocado en las vigas del almacén más temprano en el día. La actividad dentro era intensa, y parecía que acababan de dejar un envío enorme para su procesamiento.

Gavain colocó a Dantes en el suelo nuevamente y levantó su lanza, respirando profundamente mientras observaba a los guardias rústicos que entraban y salían del edificio.

“¿Es este el lugar?” preguntó.

Dantes asintió con determinación. “Sí, señor. Aquí retienen a mi esposa y a nuestro hijo. Y a muchas otras personas también.”

Gavain asintió y miró hacia el almacén. “Hmm, supongo que si me equivoco, siempre puedo pagar por el vidrio roto.”

“¿Qué?” preguntó Dantes.

Gavain no respondió, sino que se lanzó hacia arriba y hacia las ventanas que se encontraban en la parte superior del edificio. Se oyó el sonido de cristales rompiéndose y un golpe fuerte.

Dantes centró su atención en el ratón que tenía dentro y se movió, buscando un lugar donde pudiera evitar balas o hechizos errantes, y se agachó. Había enviado al ratón, igual que a Jacopo, por la misma razón que lo había ocultado. No había razón para poner en riesgo a él o a su compañero.

Gavain se quedó de pie sobre una mesa, solo, con la lanza en mano, mirando atónito a la banda de matones, con mercancía ilegal cubriendo las mesas, y finalmente, divisó el filo de una jaula en el extremo lejano del almacén. Levantó su lanza y apuntó al hombre confundido más cercano, que todavía sostenía una caja.

“Ríndanse, y ninguno de ustedes resultará herido.”

El hombre frente a él lanzó la caja a su cabeza, y entonces estalló el caos.

Gavain rompió la caja con su lanza, dispersando los sacos de polvo en su interior y creando una nube de polvo blanco. Bajó saltando, rompiendo la clavícula del hombre con el asta de su lanza al aterrizar.

Se apartó rápidamente cuando otro hombre intentó abalanzarse sobre él, y golpeó a un tercer atacante con la culata de su lanza, antes de patear una caja en el suelo y estrellarla contra su cabeza, derribándolo. Gavain se lanzó hacia adelante contra más guardias que se aproximaban, destrozando con su lanza a diestra y siniestra.

Incluso desde donde Dantes observaba desde afuera, podía escuchar los fuertes golpes de la lanza de Gavain resonando como trueno, rompiendo huesos y derribando guardias a izquierda y derecha.

Un disparo de arma de fuego resonó, enviando astillas de un barril cercano a Gavain en el aire. Gavain empezó a correr hacia los pistoleros, que estaban junto a otros dos hombres armados con pistolas. Se movió con fluidez en una formación de serpiente mientras los otros dos disparaban, evitando ambos tiros. Saltó diez pies en el aire hasta llegar a su posición y atravesó la mano del primer asaltante que se preparaba para recargar, después pateó a los otros dos con un golpe potente de su pierna, y finalmente, golpeó la cabeza de uno de ellos contra la suya propia.

Mientras Gavain atravesaba a los guardias y valientes trabajadores con fiereza, el resto del almacén comenzó a huir. Los hombres que estaban clasificando las mercancías corrieron hacia la puerta, y las mujeres desnudas que empaquetaban polvo también huyeron, siendo alcanzados por fragmentos y esquirlas de la batalla que Gavain libraba.

Dantes observaba a través de los ojos del ratón con atención aguda. Todo iba bastante bien. Preferiría que las personas del nivel inferior lograran salir, pero esperaba que quienes estaban más profundamente implicados en la operación de Mondego defendieran más sus territorios. Había enviado un mensaje a Pacha, mediante una nota que él y Jacopo dejaron en su escritorio, advirtiéndole que habría problemas en el almacén y que trajera hombres. Revisó al ratón que le seguía y vio que Pacha había logrado reunir casi veinte hombres, quienes pronto llegarían al almacén.

Dantes sabía que tendría que distanciarse para evitar quedar atrapado en alguna confrontación. Disfrutaba del exitoso desmontaje de parte de la operación de Mondego desde la distancia. Una lástima, pero necesaria.

Comenzó a moverse, cuando algo que vio el ratón en las murallas llamó su atención. Cerca de las celdas de los esclavos, vio el brillo plateado de una larga y familiar hoja elfica. Acercó al ratón, y

vio, agazapados junto a una de las celdas, a Jayson, Jayk y Zak.

—Joder—, murmuró Dantes en voz alta.

—Los Gatos Sombríos—, dijo Jacopo.

Dantes evaluó rápidamente varias posibilidades. Corrían en favor de Mondego, o al menos de uno de sus capitanes. Podrían saber más sobre lo que ocurrió en prisión. Si se revelaba ante ellos, se pondría en grave peligro.

—Que le den—, dijo, y empezó a avanzar hacia el almacén en lugar de alejarse de él.

Gavain seguía luchando con ferocidad, golpeando a un hombre con la culata de su lanza con tanta fuerza que le quebró el esternón, y luego saltó hacia otro que lanzaba explosiones de fuerza con las manos.

Dantes llegó a la parte trasera del almacén donde estaban acurrucados los gatos sombríos y rápidamente trepó hasta el ventanal, su cuerpo debilitado dándole un grito interior mientras lo hacía.

Jacopo trepó por su brazo y abrió la ventana, y Dantes la empujó, apenas logrando agarrarse lo suficiente para subir y poder ver adentro. Jayson fue el más cercano, manteniendo una discusión silenciosa con los otros, que parecía ser un debate entre huir, luchar y esconderse.

—¡Jayson!—, gritó Dantes.

Jayson miró a su alrededor como si no pudiera distinguir de dónde provenía la voz.

—¡Jayson!—, volvió a gritar.

Jayson lo vio y sus ojos se agrandaron. —¡Dantes!—

—¡Toma esto!—, le gritó, haciendo que la rama que llevaba en el brazo se extendiera hacia el exterior de la ventana y colgara como una cuerda, mientras se deslizó de nuevo hacia el suelo. La rama era delgada, pero cuando sintió el peso de uno de los Gatos Sombríos del otro lado, empezó a preocuparse menos por que se rompiera y más por su propia seguridad. Apretó los dientes y se aferró mientras Jayk caía del otro lado, aterrizando cerca de él y sujetando parte de la rama. Zak lo seguía, y Jayson quedó al final.

—¡Dantes! ¿Qué haces aquí?—, preguntó Jayson.

—Supongo que el ataque fue obra suya—, respondió Jayk.

Dantes dirigió su concentración hacia todo lo que rastreaba. Gavain estaba al borde de su resistencia, y Pacha llegaría en cuestión de momentos.

“No tengo tiempo para esto, igual que ustedes tres no tienen tiempo para decirme por qué trabajan para Mondego. Necesitamos movernos.”

Dantes escuchó su propia orden y empezó a correr, sin preocuparse por mirar atrás para ver si lo seguían. En su estado deteriorado, pronto los alcanzó, y empezó a escuchar el pesado ruido de los cascos de los guardias acercándose mientras Pacha ordenaba a sus hombres que despejaran la zona.

Comenzó a disminuir la velocidad, y Zak miró hacia atrás, moviéndose para ayudarlo.

“¡No, ve adelante! Yo los distraeré. Ustedes sigan corriendo.”

Zak dudó.

“¡Ve, coño! Y por el amor de todo lo sagrado, ¡espero oír un nombre mejor que Gatos Sombríos cuando vuelva a verte!”

Zak asintió y empezó a correr de nuevo.

En el momento en que desapareció de su vista, Dantes se convirtió en una rata y se escondió tras algunos despojos para descansar. Se sentía igual de agotado en forma de rata que cuando era humano. Jacopo respiraba con dificultad a su lado, también escondidos.

Dantes volvió a concentrar su atención en el almacén, enviando ratas y cucarachas tras Zak mientras realizaba la tarea.

Gavain se mantenía en pie, ni siquiera jadeando, en el centro de un almacén absolutamente destruido. Los guardias, que gimoteaban o sangraban, estaban a su alrededor, pero Dantes solo distinguía a dos o tres que parecían estar muertos. Las cajas y barriles habían sido destrozados y aún flotaba una fina neblina de polvo en el aire. Gavain realizó un movimiento innecesario, un salto desde la mesa donde había estado, y aterrizó más cerca de las jaulas. Las inspeccionó, viendo hombres, mujeres y niños asustados, pero en aparente buen estado. Levantó la lanza y rompió el cerrojo de una jaula donde una mujer solitaria había sido mantenida.

“Está bien. Ahora eres libre. He venido a rescatarte.”

“¿Rescatarme?” preguntó la mujer.

Él tendió una mano y fortaleció el pecho. “Sí, soy Gavain, del gremio de aventureros, y he venido a liberarte y poner fin a esta malvada explotación.”

“Por favor, vete,” dijo la mujer, acercándose para cerrar la reja.

La expresión de Gavain cambió, pasando de una sonrisa heroica a una de desconcierto. “¿Qué?”

“Me vendí como esclava. Necesito mantener alimentados a mis padres. Ya no pueden trabajar y me dijeron que cuidarían de mi hijo. Si desaparezco ahora, no pasará mucho tiempo antes de que

alguien toque a nuestra puerta pidiendo el dinero que les prestaron.”

“¡Eso es horrible!” exclamó Gavain.

Dantes, todavía respirando con dificultad como rata, quedó maravillado por la ingenuidad del hombre, pero creyó que eso había jugado a su favor, así que no pensaba en quejarse.

“Um, me vendieron porque tengo deuda de juego,” dijo un hombre levantando la mano desde otra jaula. “Si pudieran dejarme salir, lo agradecería.”

“Está bien,” afirmó Gavain, acercándose a esa jaula y rompiendo el cerrojo, para después continuar con las demás. Aunque varias se rehusaron a moverse como lo hizo aquella primera mujer, la mayoría claramente mostró agradecimiento por haber sido rescatadas.

Observó a una mujer fea, con un perro mestizo gris, mientras las liberaba.

“Tu esposo está esperando fuera. Él fue quien me envió para salvarte.”

Los ojos de la mujer se abrieron de par en par. “Mi esposo murió hace tres años.”

Gavain levantó las cejas. “¿Qué?”

Dantes, todavía jadeando como rata, se sorprendió por la ingenuidad del hombre, pero supuso que eso le había beneficiado, así que no pensó en quejarse.

Justo cuando el primer hombre que fue liberado se encaminaba hacia la entrada principal, la guardia irrumpió en el lugar, pisoteándolo bajo sus pies mientras avanzaban, entrando con armaduras y empuñando garrotes de metal.

Pacha se trasladó interior después del resto, con su máscara aún abierta mientras examinaba todo a su alrededor, mostrando una expresión que mezclaba sorpresa y satisfacción al observar la evidencia evidente de contrabando y reconocer a varios criminales con quienes había tenido encuentros en el pasado, dispersos por el suelo gimiendo de dolor.

Gavain se acercó a él y realizó una reverencia. “Bienvenidos, guardianes. Me encargué de este nido de maldad y pecado por ustedes. No hace falta que me agradezcan. La justicia es su propia recompensa.”

Pacha dio un paso hacia él. “Eres el aventurero, Gavain, ¿verdad?”

“Así es.”

“Estás arrestado por actuar como vigilante y por usurpar la autoridad de la gilda de aventureros.”

La expresión de Gavain decayó por tercera vez, y esta vez no logró recuperarse. “¿Qué?”

Dantes observó cómo Gavain se dejaba arrestar y Pacha y sus hombres destruían el almacén a toda prisa. Parte de él sentía tristeza por ver tantos bienes valiosos que seguramente serían arrebatados, destruidos o, en el caso del polvo, inhalados, pero no era su pérdida, sino de Mondego, y eso le sonrió.

Revisó la dirección de las Sombras Felinas, descubriendo que se dirigían hacia el profundo Midtown, donde no tendría manera de seguirlos. Aún así, se mostró satisfecho de que no parecieran tener la intención de ir directamente a Mondego.

Una vez que Dantes y Jacopo se sintieron lo suficientemente fuertes, comenzaron a abandonar los muelles y a dirigirse nuevamente hacia su jardín. Necesitaron hacer pausas frecuentes, pero la marcha aceleró cuando Dantes pudo volver a ser humano, caminando el resto del trayecto con sus propios pies.

Al llegar, se sentía exhausto. Su fuerza había ido regresando a través de sus conexiones, pero había agotado más energía de la que podía recuperar, y el déficit se había convertido en una brecha demasiado grande. Se desplomó sobre su manta, esforzándose por mantenerse despierto solo el tiempo suficiente para comer con Jacopo, y ordenó que varias ratas y cucarachas vigilaran, antes de perder el conocimiento por completo.

...

Dantes se encontró flotando sobre la mesa que ahora le resultaba extremadamente familiar. La mesa que contenía la balanza parecía ahora sostener un tapiz enorme, lleno de patrones e imágenes, muchas de las cuales no lograba discernir del todo en la neblina onírica que parecía oscurecer todo a su alrededor.

La mujer vestida de verde tejía hábilmente un hilo dorado en un rincón del tapiz, y Dantes observó que en él estaban representados el ratón, la cucaracha y el murciélago, con intrincados y grandes patrones de hilo en todo el tapiz, sobre un fondo de verde exuberante. Podía ver plumas en lo que la mujer cosía, pero no lograba distinguir nada más allá. También notó un rincón rojo en su sección, que, a diferencia del resto, parecía bastante desgastado, el color rojo desvaneciéndose hasta casi un marrón oxidado.

El hombre vestido de azul también cosía; su lado del tapiz era de un azul oscuro, que coincidía con su capa. Las imágenes que cosía resaltaban mucho más por el contraste, con pilas de oro, mujeres de intensa belleza y hombres de dudosa reputación comenzando a tomar forma en su sección. Dantes creyó reconocer algunas de las caras, pero no lograba relacionarlas con la realidad. También notó que el carrete de hilo no disminuía mientras el hombre vestido de azul cosía, y siguió el hilo que sostenía, dándose cuenta de que estaba conectado con la capa del hombre de negro, quien dialogaba intensamente con la mujer velada a unos metros de la mesa, sin percibir que el hilo de oro que se desenrollaba lentamente se desprendía de su capa.

Mientras Dantes examinaba todo, de repente sintió un escalofrío en el cuello y una opresión en el pecho. Estas sensaciones físicas contrastaban marcadamente con la naturaleza onírica del resto, y comenzó a escudriñar el horizonte en busca de su origen. A lo lejos, vio una figura negra que no lograba distinguir claramente. Un destello de metal en la luz del sol proveniente de ella, y Dantes

casi quedó cegado por ese reflejo, aunque estuviera a una gran distancia. Sin embargo, no se dio por vencido y esforzó la vista para captar más detalles. Lo que sí pudo distinguir fue el brillo de un hacha de verdugo.

Revisión #1

Creado 10 septiembre 2026 04:49:45 por Fiona Apple

Actualizado 10 septiembre 2026 04:49:45 por Fiona Apple